

Sánchez, Georgina, Prólogo al libro de María Cristina Rosas ***Cuando el destino nos alcance... terrorismo, democracia y seguridad***, Universidad Nacional de México, la Universidad Nacional de Australia y Editorial Quimera, agosto de 2002, 284 páginas

Prólogo

Georgina Sánchez*

En el año 2002, el terrorismo se ha convertido en el fantasma internacional que persigue los más altos ideales humanos y ataca las vidas y a las democracias. El terrorismo nos persigue desde los diarios matutinos hasta los noticiosos nocturnos. Dormimos con él. Su impacto ha sido tal desde el 11 de septiembre, que la agenda internacional se ha visto sustancialmente modificada, no sólo en cuanto a los organismos de seguridad y políticos, sino incluso los sociales, regionales, financieros y económicos...

El terrorismo despierta los miedos más y menos justificados y lanza con intensidad a la humanidad en la incertidumbre. Los viejos fantasmas del comunismo desaparecieron, éste, parece ser mucho peor. ¿Nos acercamos a una nueva guerra mundial que todavía no alcanzamos a comprender? ¿Qué es lo que cambió respecto al pasado? ¿Es posible restablecer la confianza y la seguridad?

"Cuando el destino nos alcance... Terrorismo, democracia y seguridad" no podía ser más oportuno. Ante la invasión antiterrorista en nuestra vida cotidiana, este libro ofrece los puntos de referencia fundamentales para no perdernos y más aún, para reencontrarnos.

El 11 de septiembre del 2001 marca un hito en la historia: "se resquebrajó la seguridad y la auto-confianza no sólo del pueblo estadounidense, sino de los habitantes del mundo industrializado" como lo afirma Christian Reus-Smit. A partir de los ataques terroristas de ese día, el terrorismo se convirtió en el eje de políticas y estrategias, nacionales e internacionales.

Contrariamente a la impresión que pudiera causar el renovado discurso internacional contra el terrorismo, que se cierne como la nueva amenaza contra las sociedades y los gobiernos, cabe destacar que se trata una expresión de violencia política tan antigua como el año 431 A.C. en el uso de armas químicas o el siglo VI, A.C., en el uso de armas biológicas, pero que su ejercicio como forma intimidatoria de los grupos y los estados es aún más antiguo.

Lo que de nuevo hay en las relaciones internacionales de las últimas dos décadas, es el cambio del *tipo de amenaza a la seguridad*, que pasó de las modalidades, medios y actores de guerra propios del enfoque militar, basado en la fuerza cuantitativa –convencional o nuclear- a otros centrados en la amenaza cualitativa. Así, a lo largo de la historia la confrontación se dió entre ejércitos,

* Polítóloga, consultora independiente, Correo electrónico: prospectiva@confluencias.com;

pertenecientes a estados con gobiernos identificables y en razón de intereses nacionales o internacionales que se identificaban con ese estado. La innovación tecnológica se integraba a la guerra con el fin de incrementar el potencial de destrucción de esas armas, incluso en sus versiones más sofisticadas, como la carrera armamentista, en la que aunque los ejércitos de Estados Unidos y la Unión Soviética no llegaron a un enfrentamiento directo –el potencial de conflicto se desplazó hacia los conflictos regionales- si se enfrentaron en el nivel ideológico, político, tecnológico y económico en una carrera por el poder a través del incremento de sus arsenales nucleares en la estrategia de “destrucción mutua asegurada”.

El cambio cualitativo de las amenazas a la seguridad internacional se ubica en que la amenaza ya no está identificada con un estado o gobierno, que no se efectúa a través de ejércitos regulares ni de armas convencionales, que utiliza la tecnología no sólo para incrementar su potencial de destrucción, sino para incrementar el efecto psicológico de desmovilización causada por el miedo, y que busca diversos intereses, con frecuencia ni siquiera reivindicados ni tampoco militares. La era de la fuerza y de la destrucción masiva parece ir quedando atrás para dar lugar a la destrucción localizada, selectiva, inteligente. A las estructuras verticales de los ejércitos se impone un adversario no jerárquico, horizontal, organizado en redes, disperso en diversos países, inasible. No hay interlocutor.

Frente a un elemento estratégico como el tiempo en tiempos de guerra, que permitía el desgaste de los adversarios hasta la rendición de alguno de ellos y/o la negociación hacia el cese de las hostilidades, ahora la amenaza no tiene fecha de inicio, pero tampoco de fin: el adversario no se da por vencido porque no lo está, puede seguir reproduciéndose a través de sus redes dispersas, de sus esporas, como el ántrax. Elementos como el prestigio del poder y la potencia, propio de los adversarios militares, ahora aparecen inútiles frente a un adversario que no juega sobre esos valores: territorio, población, fronteras, profesionalización de los ejércitos, sistemas de seguridad, poderío financiero o estabilidad política no son ya garantía de potencia ni de invulnerabilidad. Los avances de la era de la información y los adelantos tecnológicos de la globalización permiten que la amenaza se mueva justamente, a la velocidad de internet, por todo el mundo. La vulnerabilidad de los más sólidos sistemas de defensa del mundo han sido violados, tanto por los virus informáticos como por las fallas en la detección del uso de herramientas no militares para fines de destrucción de poblaciones civiles.

Así pues, la naturaleza de la amenaza cambió. Si bien se pueden identificar gobiernos simpatizantes con grupos terroristas, son sólo eso: simpatizantes, ya que los terroristas pueden moverse a través de las fronteras sin identidades nacionales o nacionalistas precisas.

El impacto de los atentados va mucho más allá que los atentados mismos. La amenaza puede cumplirse en cualquier momento, bajo cualquier forma. Frente a esta incertidumbre, la reacción parece ser asimétrica: los fondos y atención destinados contra el terrorismo han desplazado a temas prioritarios

de la agenda internacional (ver Maria Cristina Rosas), las fuerzas militares de Estados Unidos se ven reforzadas en su profesionalización, número y tecnología, la firmeza del discurso contra los países del “eje del mal” se acompaña de la invitación intimidatoria a los aliados: “están con Estados Unidos o contra él”. Las medidas de seguridad fronteriza y migratoria se incrementan en contra de los “alliens” el otro, que da cuerpo a la amenaza; se infiere que la amenaza no puede venir de dentro, sino de la alteridad, del extranjero (ver el capítulo de Alejandro Dávila). Con el fin de protegerse del terrorismo, se adoptan medidas antidemocráticas de control político y social, poniendo en el centro de la discusión el difícil equilibrio entre seguridad y democracia, entre el Estado de Derecho y la razón de Estado (ver Leonardo Curzio). Los controles aéreos, la pistolización de los pilotos y las medidas de seguridad en lugares públicos son aceptados como un mal menor frente al potencial de la amenaza. En el mundo del libre mercado y de la liberalización de las transacciones internacionales, se ejercen controles contra aquéllos sospechosos de financiar el terrorismo y se adoptan medidas proteccionistas. Se revisan y refuerzan las estructuras de inteligencia. El constante bombardeo a las montañas afganas y la búsqueda de terroristas en todas partes del mundo es la prioridad. Ante el miedo a ataques bacteriológicos o químicos se incrementan las medidas de previsión y la búsqueda de laboratorios clandestinos. Son intensos los cabildeos internacionales para que Estados Unidos cuente con el apoyo necesario para nuevos bombardeos en otros países. La fuerza de la respuesta no podía ser mayor.

Una gran respuesta, pero tal vez equivocada. En efecto, pareciera que la visión que sobre el terrorismo enarbola la administración Bush está más cercana a la guerra fría que al siglo XXI: se trata de una respuesta de orden cuantitativo, sobre las políticas y estrategias propias de un estado contra otro estado, pero éste no es el caso. El incremento de la potencia militar y las operaciones de seguridad son más bien, medidas a tomar en **otro tipo de guerra**. El riesgo evidente es su inadecuación frente a la nueva amenaza cualitativa, y, como corolario, el incremento de las reacciones terroristas frente a un estado que se ha echado auestas la responsabilidad de ser el policía del mundo, sin que se lo pidieran. De acuerdo a Richard Price, “sería difícil negar que detrás de los ataques militares estadounidenses existe un poderoso aire de venganza, pero éste no constituye justificación suficiente para el uso de la fuerza militar. Si la moral es la respuesta a la pregunta de ¿cómo queremos vivir?, la venganza es la respuesta a la pregunta contraria”.

El ataque al terrorismo entendido como el ataque a los enemigos de la democracia tampoco es un argumento sólido. En nombre de la democracia, las garantías democráticas en Estados Unidos y el exterior, han sido violadas –los prisioneros sospechosos de terrorismo no son beneficiarios de los derechos de prisioneros de guerra-; los controles internos ejercidos en Estados Unidos violan las garantías de sus propios residentes y otras medidas de control se encuentran en los límites de la violación a la soberanía internacional. En el caso canadiense, son los agentes norteamericanos quienes verifican en terreno de su vecino el ingreso de migrantes a Estados Unidos. La cuestión de la

territorialidad, que define por excelencia el espacio del estado, se convierte en la primera línea de defensa contra el terrorismo. Sin embargo, las nuevas modalidades del terrorismo no conocen fronteras, son cada vez más intangibles y, con frecuencia, operan “desde dentro”. Bajo este enfoque, el perímetro de seguridad de Estados Unidos podría plantear serios problemas de construcción política con sus vecinos y de vulnerabilidad práctica frente a la amenaza. (Alejandro Dávila).

Además, no habría que olvidar que los ataques del 11 de septiembre se dieron contra figuras emblemáticas del libre comercio y de la política de defensa de Estados Unidos, en ese sentido, más bien pareciera que los ataques fueron contra una cierta visión de la globalización y del papel de Estados Unidos en la política internacional, no necesariamente contra la democracia.

Si la necesidad de protección de los ciudadanos estadounidenses pasa por el incremento permanente de los controles de seguridad, en cambio el apoyo de los aliados no puede ser indefinido: por parte de los europeos, los intereses políticos y económicos en países ligados a la emergencia de grupos terroristas son un hecho histórico, tanto por su relación ex-colonial, como por las inversiones europeas en Medio Oriente y Africa del norte. Después de la primera reacción solidaria, los europeos han puesto en marcha una doble política: por una parte, incremento de los servicios de seguridad y detección de eventuales terroristas y por otra, mediación y acercamiento con estos regímenes, con el fin de distender las relaciones internacionales y el potencial de ataque en suelo europeo. En otro frente, el presidente George Bush busca identificar a la Organización de Liberación Palestina y en particular a Yasser Arafat con el terrorismo, y con ello excluirlos del diálogo político; en cambio los europeos cuentan con una larga historia de relaciones cercanas y de mediación entre Israel y la OLP, por lo que la consideran un actor político válido. Las consecuencias políticas, estratégicas y prácticas del no reconocimiento de la OLP tendrán sin duda un impacto directo no sólo sobre los atentados efectuados por los palestinos, sino especialmente sobre los grupos aún más radicales y poderosos, como Hamas, dispuestos a realizar operaciones estratégicas y terroristas de mayor envergadura...

Si la estrategia norteamericana se ubica dentro de un enfoque convencional militar, en donde se prepara una guerra como si el adversario fuera otro estado, entonces Estados Unidos debería de considerar una de las premisas básicas de la guerra: saber cuándo y cómo terminarla. No saber cuándo implica correr el riesgo de otro Vietnam, no saber cómo, implica desatar una guerra como la efectuada en “la tormenta del desierto” contra Irak sin por ello alcanzar el objetivo original: eliminar del gobierno a Saddam Hussein. El embargo ejercido contra Irak y Hussein no ha hecho sino incrementar su popularidad interna y no logró hacer caer al régimen. El enfrentar el terrorismo bajo el paradigma de la guerra, ahora obsoleto, en lugar del paradigma del combate al crimen, muestra la inadecuación de la estrategia norteamericana y por ende, la de sus aliados (ver Richard Price).

Luchar contra el terrorismo sin atender sus causas tal vez sea una política sin muchas posibilidades de éxito. Enfrentar sólo las consecuencias tendrá por una parte, un efecto creciente de atentados –ya que el remedio podría resultar peor que la enfermedad- y por otra, será la clave para que los aliados apoyen o no, en el mediano y largo plazo, la política de Estados Unidos, como lo hace notar para el caso de Australia Stuart Harris.

Abordar los contenidos de las causas del terrorismo nos lleva a constatar que el terrorismo es histórico, está asentado en todos los continentes y expresa una multiplicidad de causas, como lo anota Walter Astié, y aunque existen definiciones básicas sobre que el terrorismo es el uso de la violencia contra la población civil por causas político-ideológicas, conviene anotar que aún no se ha llegado a un consenso entre los estados sobre una definición del terrorismo. Ello permite incluir, a conveniencia de quien se siente amenazado, a cualquier movimiento político dentro de la categoría de terrorista. Por ejemplo, de acuerdo a la lista presentada por Astié, son considerados tan terroristas Al Qaeda como el EZLN, cuando es evidente la distancia política, estratégica, táctica, organizacional, de causas, objetivos y manifestaciones entre los dos grupos. Sin embargo esta “no definición” está en el centro del otro terrorismo: el de estado, es decir, el ejercicio de la violencia contra poblaciones civiles en nombre también de una causa político-ideológica, de la cual existen también numerosas expresiones, desde la afirmación de Maquiavelo acerca de que para “controlar al estado” –y el poder- es necesario “provocar el terror y el miedo que se había producido en el momento de la toma del poder”¹, hasta el terror ejercido por los regímenes fascistas y dictatoriales para mantenerse en el poder.

Explorar las causas del terrorismo debe conducirnos a una primera premisa básica: el terrorismo no es un objetivo en sí mismo, a pesar de que la política norteamericana insista sobre ello. El terrorismo es sólo un medio, un medio impresionante por sus efectos, sus estrategias, pero medio al fin. Si bien la pobreza, la disparidad socioeconómica, la marginación y las luchas étnicas pueden representar un buen caldo de cultivo del terrorismo, es importante no perder de vista que éste busca un objetivo político-ideológico. Aceptar esta premisa fundamental cambiaría radicalmente el enfoque acerca de cómo combatir el terrorismo y ciertamente, los medios *ad hoc* para ello no serían los de una guerra convencional militar.

El núcleo de la respuesta estaría, precisa y paradójicamente, en la democracia, misma que por cierto, tampoco es un fin en sí mismo, sino un medio de gobierno para la convivencia de la pluralidad social. Aceptar la alteridad, integrarla, negociar, mediar, cooperar y ampliar de manera incluyente la participación de todos los actores, tanto aliados de Estados Unidos como no aliados, serán algunos de los primeros pasos en este sentido. Las políticas de prevención y la cooperación internacional bajo un enfoque multilateral debieran ser los marcos de acción hacia una política coordinada y efectiva (ver Reus-Smit), comenzando por la plena participación de Estados Unidos en la Corte

¹ Discursos sobre Tito Livio, III, I

Penal Internacional. Paralelamente, controlar la producción y distribución de armas biológicas y químicas, que cada vez son más exitosas bajo su modalidad terrorista, será también una tarea de cooperación internacional. En otros términos, como lo analiza Maria Cristina Rosas, es imprescindible regresar a los avances pre-11 de septiembre de la agenda internacional: la seguridad humana es el mejor antídoto contra el terrorismo, inversamente, substituir la seguridad de las personas por la del estado podría provocar mayor terrorismo, tanto estatal como independiente. Rosas nos presenta, por otra parte, un profundo recorrido sobre varios regímenes que han sido asociados al terrorismo (los cuales son abordados raramente bajo este prisma por los analistas y la prensa internacional), como las ex-repúblicas soviéticas, Malasia, Indonesia, Pakistán y Afganistán, quienes han visto sus regímenes reforzados por el apoyo estadounidense, independientemente de su carácter democrático.

Como lo analizan Alfonso Aragón y Benjamín Ruiz Loyola, las armas biológicas y químicas han dejado de ser monopolio del estado para pasar a manos de grupos terroristas. Como establece el primero, estas armas se han ido ajustando a los avances tecnológicos de la era de la información, son más precisos y provocan un impacto psicológico del que sociedades y gobiernos difícilmente se recuperan, la naturaleza de guerra se ha transformado en razón de los avances tecnológicos. Ruiz Loyola nos presenta un detallado análisis de las armas químicas en el que se establece la capacidad de adaptación tecnológica de estas armas y su uso no convencional, además de sus posibles derivaciones en armas de destrucción masiva. Conviene anotar el impresionante análisis pormenorizado de este autor sobre el ataque con gas sarín en Japón, que fue, más que un ataque con armas químicas, una operación de inteligencia y estrategia tan compleja que los servicios de seguridad de cualquier estado tendrían graves problemas para desarmarla. Sólo la cooperación internacional podrá poner frenos a estos peligrosos avances.

Finalmente hablar de terrorismo es hablar de algo que no existe en tanto expresión monolítica, se trata de muchos y variados terrorismos, multicausales y con tácticas y estrategias diferenciadas, por lo que parte de una nueva visión cualitativa para enfrentarlo implicará políticas de prevención, de asistencia al desarrollo, la solución –al menos parcial- del conflicto del Medio Oriente, el apoyo a los regímenes moderados y, de acuerdo a Walter Astié, políticas diferenciadas de combate, según su naturaleza.

El presente libro nos ofrece el marco de análisis fundamental para comprender la complejidad de este fenómeno y sus expresiones, pero sobre todo ofrece las herramientas para comprender los alcances y límites de la política contra el terrorismo. Estos análisis y consideraciones deberían de ser tomados en cuenta hacia la construcción de un mundo donde sea posible la confluencia entre la seguridad de las personas y la del Estado, única fortaleza efectiva contra el terrorismo.